

## **MENSAJE DEL OBISPO DE HOLGUÍN, MONS. EMILIO ARANGUREN EN EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN**

*4 de abril de 2021, En las emisoras de Radio Ángulo y Radio Victoria*

Hermanos y amigos que están en sintonía con Radio Angulo en Holguín o Radio Victoria en Las Tunas, escuchan al Obispo de la Iglesia Católica en el territorio que abarcan estas dos provincias. Hoy tengo la oportunidad de desearles, en este Domingo de Resurrección, un saludo de bien, de amistad, de armonía, de esperanza. Para nosotros, discípulos de Jesucristo, su cadáver no se quedó en la sepultura, sino que resucitó y vive entre nosotros. Esta es la razón por la que les deseo a todos una Feliz Pascua de Resurrección.

Es importante que nos sigamos cuidando, no solo en el orden personal o familiar, sino también como parte del pueblo que somos todos. Es así porque todos estamos comprometidos con el bien común y, por eso, es necesario que cada uno ponga la parte que le corresponde por el bien de todos. ¡Gracias a cuantos, desde hace más de un año, día a día, de una u otra manera, en los hospitales y policlínicos, centros científicos y de investigación, caminos y carreteras, consultorios, centros de aislamiento y domicilios, oficinas de gobierno, círculos infantiles y escuelas, prensa, radio y televisión, almacenes, tiendas y centros de servicio, también templos y comunidades cristianas, hacemos con responsabilidad y amor lo que a cada uno le corresponde!

Acabamos de escuchar el Evangelio que ha sido proclamado por el Obispo Electo P. Marcos Pirán, y quiero destacar cómo María Magdalena fue al sepulcro en la oscuridad y se percató de algo que le generó miedo y echó a correr en busca de Pedro. Llama la atención que la que fue pecadora va en busca del que negó su amistad con Jesús, y lo hizo porque vio algo raro y sintió por dentro un gran temor. Fue cuando Pedro, el que negó, va junto con Juan, el que sin alarde fue siempre fiel, y ambos caminan hacia el sepulcro para, finalmente, encontrarlo vacío y testificar la gran noticia: ¡No está aquí, ha resucitado!

Crear en la Resurrección es creer y apostar por la posibilidad y el triunfo del bien. Quedó atrás el pasado de la Magdalena, quedó atrás la negación de Pedro, quedó atrás la soledad de María con Juan durante el profundo silencio del sábado donde unos hablaban de la suerte que había tenido Barrabás, otros de la hipocresía de Pilatos, también de las diversas posturas que tuvieron los otros dos condenados, alguien mencionó el testimonio del Centurión que, ante la prueba, fue capaz de expresar su fe en alta voz y, poco a poco los otros nueve apóstoles que se dispersaron se volvieron a re-unir. Y todo esto porque ha sucedido algo que convoca, algo que cambia el corazón y la mirada de las personas y de los acontecimientos, algo que emerge desde dentro y que no es impuesto por nada ni por nadie. Es una presencia, una fuerza, un dinamismo: es la Gracia de Dios, el Espíritu de Dios que hace descubrir -como dice San Pablo en la Carta a los Colosenses (3,1-4)- "los bienes de arriba", a la vez, que los convocados son capaces de reconocer con humildad, que estaban solamente preocupados y temerosos, discutiendo y ofendiéndose tan sólo fijándose en "los bienes de aquí abajo": quién es el primero, el más importante, el vencedor, el que más tiene o el que más puede o el que más influye.

El amanecer de este día fue el momento en que todo lo humano se superó: discordias, cobardías, tensiones, protagonismos, difamaciones, ofensas e injurias, debilidades y mentiras porque, al cambiar el corazón, al sentir en él la presencia del que Vive, todo lo anterior no se olvidó, ya que es algo vivido, pero se relega a un segundo plano, porque la presencia de Jesús Resucitado comenzó a ser lo primero, y eso es lo esencial, lo que permanece. Ahí fue cuando los discípulos, así como otros muchos del pueblo, comprendieron lo expresado por Jesús a Pilato (que, en cierta forma, fue lo mismo que malpensó Herodes 33 años antes): "Mi Reino no es de este mundo".

Jesús ya lo había anunciado: "el Reino de Dios sufre violencia" (cf. Mt. 11,12) y quienes somos discípulos de Jesús estamos llamados a vivir esta sana tensión interior a la que Jesús también aludió

en su oración: "Padre, ellos están en el mundo, pero ellos no son del mundo; no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Maligno y los consagres en la Verdad" (cf. Jn. 17,15.17).

Queridos amigos que me escuchan, Dios permita que este Domingo de Resurrección, que en muchas partes está siendo vivido y celebrado por segundo año consecutivo encerrados en las casas, sin poder hacerlo en comunidad, nos ayude a descubrir este Misterio que San Pablo llama: "el misterio de la vida con Cristo escondida en Dios".

Resucitar con Cristo es decirnos a nosotros mismos y decirle a todos con cuantos hacemos el camino diario de la vida: siempre hay una posibilidad y, entre todos, podemos caminar unidos en pos de todo cuanto sea virtud, verdad, bondad, bienestar, armonía, creatividad, entrega, crecimiento, aspiración. El Resucitado nos abre a la Esperanza.

Jesús Resucitado es punto de confluencia, dinamismo interno que, como enseña San Pablo, nos hace "hombres nuevos" (cf. 2 Cor. 5,17), tal como cantamos<sup>1</sup> habitualmente en nuestras celebraciones comunitarias, por eso, hoy le decimos al Señor, a modo de súplica: "Danos un corazón grande para amar, danos un corazón fuerte para luchar".

¡Ánimo, queridos hermanos y amigos, levantemos la mirada y busquemos los bienes de arriba! No andemos cabizbajos y discutiendo por el camino, como aquellos que regresaban tristes y desconsolados, hasta que Jesús les salió al encuentro y los animó a que levantaran el corazón (cf. Lc. 24,13-35). ¡Lindo y aleccionador encuentro que concluyó sentados en una mesa en la que compartieron el respeto mutuo, la realidad de cada uno, sus expectativas y esperanzas y, finalmente, compartieron el pan de la amistad que fortalece, construye y abre nuevos horizontes!